

## Tema para una novela trágica.

A LA STA. MARCELINA ALMEIDA.

—Continuación—

Querida Marcelina:

Contra mi propósito y el deseo talvez de los que se interesan en nuestra correspondencia, tuve que suspenderla por algunos días, merced á dos circunstancias, de que espero no me culparás. La primera es que esperaba la contestación del «Padre aludido» á las negaciones que le hice de todas las mentiras hipocritas de su primera carta anónima. Buen chasco me he llevado, hija de mi alma! Está visto que el viejo escribió por escribir, ó por que sus admiradores, los creyentes de la boca abierta, no dijeran que se lo tragaba todo en silencio.

En cuanto al segundo impedimento, solo ha consistido en que me asaltó de súbito la enfermedad de moda, ese maldito colerín. ¡Ay! de que buena gana le hubiera pasado al Padre aludido todos los retorciones que he sufrido! Es verdad que el pobre viejo no los ha de haber experimentado con menos intensidad, moralmente hablando. Ya se vé, si tu lo conocieras como yo; si supieras

qué orgullo tiene, qué vanidad y qué pretensiones! Cuando hubiera él creído, que una pobre muger, como yo, se hubiera atrevido á mostrarlo á esta sociedad, tan diferente de lo que él mismo se ha mostrado.... Echar por tierra el trabajo especulativo de tantos años en un momento de buen humor! Venir á contarle á nuestras familias esas historias que no debieron salir nunca del santuario de la domesticidad! Preciso es confesar, Marcelina, que si mi intención no fuese tan disculpable á los ojos de ese Dios bueno, cuyo nombre invocan tanto los lobos que se visten con pieles de cordero, se me podría tachar de inhumana.

Pero yo creo, á puño cerrado, que ante el cumplimiento de un deber sagrado, las almas buenas no deben retroceder jamas; y ante esta consideración—¿qué me importa el enojo de los Judas del mundo? Retroceden ellos acaso ante las maldades que premeditan y llevan á cabo con la mayor alevosia?... Pues que tengan á su vez paciencia, y sufran por el amor de Dios, de ese Dios cuya doctrina falsean con el mayor cinismo.

Hay culpas, Marcelina, feisimas culpas, cuya espacion tiene lugar en esta vida; y en este caso creo que se encuentra la del Padre aludido. Ya habrás oído decir, muchas veces, que Dios castiga sin palo ni piedra; y esto que mejor que tu lo has de saber nuestro viejito consabido, por sus afinidades con la Iglesia, los clérigos, las monjas y todo el círculo de beatos y beatas, lo está él probando en la actualidad—Yo lo lamento; pero hija mia quien la haga que la pague.... nada mas justo.

Dime ahora, Marcelina, ¿qué te han parecido las razones de mi carta al «Padre aludido»? ¿Habrá una sola persona de buen criterio que dude todavía de las mentiras con que el viejo que ria borrar en el ánimo del público, el efecto de mis revelaciones? Qué necesidad! querer tapar el cielo con un alfiler.

Pero lo mas curioso de todo Marcelina, es aquello de que el casamiento no fué á su gusto, que nunca lo aprobó, que no se le consultó &c. &c. &c.

Dios eterno! que impavidez para mentir! que cinismo para perjurar de la verdad y de los hechos! ah! quien fuera duende; Marcelina, para penetrar en las altas horas de la noche, en la alcoba del viejo, sin mas curiosidad que la de saber si dormia á pierna suelta—Qué te parece, Marcelina! que opinas tú? En cuanto á mi creo que se dá el pobre Sr. ciento y una vuelta, antes de tomar el sueño; y lo creo así, por que los malos tienen tambien conciencia, y esta, dicen algunos autores sagrados, que dá gritos espantosos, que quitan el sueño y perturban el descanso; y aqui tienes amiga mia; lo que yo llamo la espacion de las culpas que se purgan aqui abajo, sin contar las que se pagan allá en la otra vida! Los gritos de la conciencia! ah! esos si que son retorciones.... y no los del colerín!...

No queria ese casamiento, nunca lo aprobó, no se le consultó!!!!!!

Que viejito tan lobo!.. Pero, señor, y entonces, pregunta tu, Marcelina ¿cómo fué que lo engatosaron con todo su saber? Pregunta que encantamiento tenia para él la casa de la niña, que no dejó de frecuentar en cinco años, de mañana, de tarde, de noche, á todas horas? Pregunta tu, porque pidió á sus padres el retrato de la niña, cuando tenia diez años, para llevárselo á su casa, donde lo tenia como el de una santita? Pregunta, porque si ese casamiento no le gustaba, no apartó á su hijito de aquella casa; porque, en vez de prolongar el casamiento, lo apresuraba el mismo: Pregunta porque se le escapó el decir á tanta gente decente «que esa union lo colmaba de felicidad: porque queria estirar á la niña, hacerla crecer», como por encanto; porque le andaba siempre al padre de la niña, «con lo mucho que se amaban aquellos jóvenes!» Quiere decir que todo eso era pura farsa, pura mentira, puro engaño; que entonces el viejo no era sino un falso amigo, un Judas. Y si era cierto y lo sentia como lo decia, que es lo que yo no creo, negándolo hoy, miente, engaña, perjura y apostata, el señor Padre aludido.

Veamos pues—¿Cuándo decia V. la verdad, señor padre aludido? ¿Con qué papel se quiere V. quedar? ¿con el que representó por espacio de cinco años, sin faltar un solo día, ó con el que hoy está representando? Vamos dígalo V. sin reparo—que diablos! ya no tiene V. por qué andar con tantos escrúpulos....

Te aseguro, Marcelina, que por momentos me da asco de tratar este asunto, pero es preciso que no quede duda alguna sobre la verdad que deseo poner en transparencia y me digo á mi misma á Roma por todos.

Nadie mejor que el Padre aludido sabe, Marcelina, que es la pura verdad cuanto yo digo. Pero el público todo sabe tambien que yo no invento porque ¿á quien no le consta la relacion íntima en que estaba este hombre con la familia que despues le ha cerrado

las puertas de su casa, con el mas alto desprecio?

Y esa relacion mantenida por cinco años; el mismo tiempo que hacia estaba pedida la niña, ¿qué fin tenia? Es claro que el casamiento de los jóvenes!

Y recien ahora se acuerda el «Padre aludido» de decir que «no le gustaba, que no lo hubiera consentido, &c., &c. Mentira inaudita!

Lo mismo es eso, Marcelina, que lo de la fortuna mediocre, de origen dudoso y de lejana reparticion, que ni el padre aludido, ni su hijo «codiciaban»

Y entonces ¿porqué casaban un hombre de 30 y tantos años, con una niña de 14 y 1/2 que todavia andaba con muñecas? Vamos, se ha propuesto el viejo hacernos conulgar con ruedas de carreta. Si creará que andamos en las Provincias!

Lo que no puedo saber bien es, como ha hecho el padre aludido, para averiguar que la fortuna del otro padre es «mediocre, dudosa y de lejana reparticion»; pero lo que esto prueba es que algo le interesaba conocer bien á fondo esa fortuna—¿Conque todo eso sabia V. señor padre aludido y lo tenia tan callado!..

Pues, y lo de la Calumnia atroz, inventada contra la madre de la niña para robarle el corazon de esta!... Que maldad!... ¿Con que hace cuatro años que por conviccion y por deber el Padre aludido y su hijo se ocupaban de desmentir el COMUN RUMOR?... Pero ¿de quien era comun ese rumor? ¿De estos dos personajes?... Asi parece; porque ni el padre ni el hijo, indicaron á una sola persona á quien lo hubieran oído—QUE NO LOS HAYA DESMENTIDO BAJO SU FIRMA, como consta.

Y porque esto sabia el novio de la niña, hizo su viage repentinamente; porque los padres de aquella iban á pedirle severa cuenta ante los tribunales de ese RUMOR COMUN!

Sea lo que sea, mi querida Marcelina lo que puedo yo asegurarte hoy de buena letra es que el Padre aludido anda sin sombra, y hasta se dice que se ha lamentado con algunos beatos de que mis cartas tengan por único fin CERRARLE LAS PUERTAS DE MONTEVIDEO.

No hay tal cosa, Marcelina; lo único que yo me he propuesto es hacer conocer con la verdad una trama infernal; que merece la reprobacion de las gentes de bien.

Por lo demas, si es falso cuanto yo digo; si son invenciones no mas, ¿por que se alarma con ellas un hombre que se cree de tanta altura, de tanto talento y de tan elevada circunspeccion?

Y no sabes aun lo mejor, Marcelina; el padre aludido está escribiendo un folleto, para desmentirme ¿como será esa obra gefe?... Pues déjalo no mas, que le daremos folleto por folleto y veremos si de este modo se le vuelven á abrir las puertas de Montevideo.—Mucho lo dudo.

Segun me cuentan, el padre aludido ha leído ya parte de su folleto á algunos amigos... Dicen que es una cosa que dá gusto; de todo trata en él, gasta mucha erudicion, hace muchas citas de autores célebres, como es su fuerte... estilo elevado, por su puesto; mucho sofisma, mucha labia; muchas exclamaciones á Dios y mucho invocarlo la religion y la ley; pero, hija mia, sobre los hechos que yo le imputo... nada entre dos platos, ni una palabra, y ya se sabe que no tiene mucho que decir.

Escuso añadir que en el folleto mencionado habla mucho de si propio, de su familia y de su noble alcurnia; de sus conocimientos en ciencias y artes, de su filosofia y de su teologia &c. &c. &c.

Ya verás, Marcelina, como nos vamos á reir, cuando se publique esa nueva obra!

Yo, por lo pronto, me propongo hacer una impresion aparte de mis cartas con un apéndice, y por conclusion una breve refutacion del folleto; y todo eso irá con su correspondiente dedicacion á los Padres y Madres de familia! Vete preparando, Marcelina, para muy pronto.

En mi proxima carta te iniciaré amiga mia, en otros misterios no menos interesantes, sucedidos despues del casamiento.

Por hoy basta con lo dicho, porque tengo que ir á tomar la ceniza.

¿A que nuestro viejito no se queda sin su cruz en la frente?..

Esa cruz que nos recuerda que somos polvo y que en polvos nos hemos de convertir!!!

Qué gran misterio, Marcelina! Si se penetrara bien de él el señor padre aludido, cuanto perdon no tendrá que pedir á Dios!

Tuya por la vida

Angela.

(Continuará.)